

Volver a encontrar una « alegría de ser »

La confianza va junto al espíritu de infancia, que no tiene nada que ver con el infantilismo. El espíritu de infancia consiste en primer lugar en saber que no somos huérfanos. Nuestros contemporáneos se imaginan que somos huérfanos : ¡ este mundo no tiene un fin, esas nebulosas, esos agujeros negros, descendemos del mono y vamos hacia la nada ! Pero es Cristo quien nos recuerda con fuerza : nosotros tenemos un Padre y podemos tener confianza en él. El espíritu de infancia se abre entonces a una « alegría de ser » y estamos llamados a volver a encontrar esta « alegría de ser » en Dios.

Algunos se preguntarán seguramente cómo es posible alegrarse, mientras puede haber tantas pruebas en la vida humana, mientras otros sufren la guerra, la tortura y el hambre. Pero esta alegría de ser se expresa en una compasión con todos los sufrimientos. Esta es una experiencia que hacemos con frecuencia. Imaginemos que estamos muy alegres : hemos recibido una buena noticia, alguien a quien queremos se ha salvado, etc. Nos invade una gran alegría, pero esto no nos volverá insensibles al sufrimiento de los demás. Al contrario, nos hará todavía más sensibles; y podremos llevar al mismo tiempo en el fondo de nosotros esta gran alegría y compartir profundamente la desgracia y el sufrimiento del prójimo. No hay contradicción : la alegría no se opone a la compasión. Yo diría incluso que la alimenta : precisamente porque tenemos en el fondo de nosotros mismos esta alegría de Cristo resucitado podemos entrar plenamente en el amor y en la compasión. La oposición es por lo tanto vana y sin objeto.

Hay que vivir la tristeza y, al mismo tiempo, llevar en sí la alegría. No alegrarse (la expresión « alegrarse » quizás no sea exacta, es una manera de hablar), sino llevar en sí la alegría, porque sabemos que en definitiva es la resurrección la que tendrá la última palabra, que al final es la alegría la que tendrá la última palabra.

Olivier Clément – Taizé, un sentido a la vida